

PABLO COIMBRA: CUANDO UNA VOZ INTERIOR VUELVE A LLAMAR

Por. Julio César Romero Magliocca - Fundador y Director de Revista Raíces

Hay historias que parecen comenzar mucho antes de que uno pueda comprenderlas. Historias que dejan una pequeña semilla en la infancia y que, aunque durante años parezcan dormidas, un día vuelven a aparecer con una fuerza imposible de ignorar. La



historia del padre **Pablo Coimbra**, actual párroco de la Parroquia Nuestra Señora de Guadalupe, en el corazón del Borro, tiene algo de eso. Pablo nació en Salto, en el seno de una familia obrera y trabajadora. Su padre era empleado y su madre ama de casa. Fue el mayor de seis hermanos y recuerda aquellos primeros años como una infancia feliz, sencilla, marcada por los afectos de una familia típica del interior.

Estudió en el colegio de los Padres Salesianos, donde permaneció hasta cuarto año de liceo. Luego continuó sus estudios en la enseñanza pública y realizó quinto y sexto de Economía. A los 18 años llegó uno de esos momentos que marcan un antes y un después en la vida de tantos jóvenes del interior: Montevideo. Vino a estudiar Contador Público y se instaló en una pensión de

estudiantes del Cordón. Allí convivían 21 muchachos llegados desde distintos puntos del país, cada uno con sus sueños, sus carreras y sus propias historias. Pero también estaban las carencias, la distancia, la nostalgia y esa sensación de estar lejos de la familia que, de alguna manera, compartían todos.

Aquella pensión terminó siendo mucho más que un lugar donde dormir. Fue una escuela de vida. Pablo reconoce que aquella experiencia fue forjando su carácter y ayudándolo a madurar rápidamente. Había dificultades, pero también una enorme riqueza humana. Compartir la vida con tantos jóvenes del interior, cada uno tratando de abrirse camino en

Montevideo, dejó huellas profundas. Los primeros seis meses pudo dedicarse solamente al estudio. Después consiguió trabajo y comenzó una etapa que se prolongaría durante años: estudiar y trabajar al mismo tiempo. Así llegó a recibirse de Contador Público.

En 1991 ingresó al Banco de Previsión Social. Allí continuó trabajando durante años, incluso cuando algo que parecía olvidado comenzó lentamente a despertar nuevamente dentro suyo. Porque Pablo había conocido ese llamado mucho antes. Tenía apenas diez años cuando empezó a sentirlo. Era monaguillo en Salto, formando parte de aquel pequeño grupo de niños que asistían al sacerdote durante la celebración de la Eucaristía. Y en medio de aquella vida sencilla de parroquia comenzó a experimentar algo que entonces no podía explicar.

Era un fuego interior. Un deseo. Una atracción que con el paso del tiempo identificaría como la presencia del Espíritu Santo. Y había también una frase que quedó grabada para siempre en su memoria: **“Ven y sígueme”**. Pablo recuerda especialmente una imagen que estaba colocada en la cartelera de la Parroquia del Carmen, en Salto. Era el rostro de Jesús acompañado por aquella palabra.

“Sígueme”.

Mientras muchos pasaban delante de las carteleras sin prestarles demasiada atención, él se detenía. La miraba y sentía que aquel mensaje estaba dirigido particularmente a él. Era apenas un niño. Pero algo dentro suyo se conmovía. Dios, dice Pablo, es creativo. Y quizás aquella fue una de las primeras formas en que comenzó a hablarle. Sin embargo, los años fueron pasando y aquel llamado comenzó a quedar atrás.

No porque hubiera dejado de creer. Nunca abandonó la Iglesia. Pero la vida fue llevando sus propios caminos. Aparecieron otros proyectos, otros sueños y la posibilidad de formar una familia. Y Pablo reconoce algo con una sinceridad que habla también de su humanidad: muchas veces fue la cobardía la que lo hizo retroceder. Porque responder a una vocación sacerdotal implica dejar muchas cosas. Supone renunciar a determinados proyectos personales y a caminos que el mundo presenta como naturales para cualquier hombre. El fuego comenzó entonces a apagarse. O quizás, simplemente, quedó esperando. Pablo había comenzado a imaginar otra vida. Una vida como la de tantos. Trabajar, formar una familia, construir un futuro. Pero alrededor de los 25 años, mientras ya vivía en Montevideo, aquello que parecía apagado volvió a encenderse.

Y esta vez fue con mucha más fuerza.

Se vinculó nuevamente a una parroquia. Continuaba siendo un hombre de fe, aunque también había atravesado momentos de búsqueda, de distancia y de desazón. Pero aquella inquietud profunda regresó. El niño que alguna vez había mirado el rostro de Jesús en una cartelera de Salto y había sentido que aquel “Sígueme” era para él, comenzaba a escuchar nuevamente aquella voz interior. Todavía faltaba camino. Todavía quedaban decisiones difíciles. Pero aquella historia que había comenzado cuando tenía

apenas diez años estaba lejos de haber terminado. A veces, la vida parece llevarnos por caminos completamente diferentes. Estudiamos, trabajamos, hacemos proyectos, soñamos con una familia, buscamos nuestro lugar en el mundo. Y, sin embargo, hay llamados que permanecen silenciosos en algún rincón del corazón.

Hasta que un día vuelven a llamar.

Cada vez que la leía sentía, en lo más profundo de su corazón, que aquellas palabras estaban dirigidas personalmente a él. Con el paso de los años ese llamado pareció apagarse. Como muchos jóvenes, comenzó a imaginar otro proyecto de vida: formar una familia, desarrollarse profesionalmente y construir un futuro diferente. Sin embargo, Dios seguía llamando. Ya instalado en Montevideo, cuando tenía alrededor de 25 años, aquella llama interior volvió a encenderse. Se comprometió activamente con una parroquia y comenzó a participar en tareas de evangelización. A medida que transcurrían los años, especialmente entre los 27 y 28, esa voz interior se hacía cada vez más fuerte. Sentía que Dios insistía, aunque aceptar ese llamado no era una decisión sencilla. Fue entonces cuando ocurrió un hecho que marcaría para siempre su vida. Un día descendió de un ómnibus en la zona de la Puerta de la Ciudadela. Mientras caminaba, experimentó con absoluta claridad una voz interior que le decía:

"Te quiero sacerdote."

Conmovido, pidió al Señor una señal más clara, algo que disipara definitivamente sus dudas. Y la respuesta llegó de una forma completamente inesperada. Mientras aún meditaba sobre aquello, aparecieron de pronto una cámara de televisión y un micrófono. Sin previo aviso, una persona se acercó y le formuló una pregunta que lo dejó sin palabras:

—¿Usted sería sacerdote?

Pablo respondió espontáneamente:

—Sí.

Aquella coincidencia fue para él mucho más que una casualidad. La sintió como la confirmación que tanto había pedido. Profundamente emocionado, caminó hasta la Catedral de Montevideo. Llegó con lágrimas en los ojos y el corazón desbordado de paz. Allí comprendió que ya no había lugar para las dudas. Ese fue el momento en que Pablo Coimbra tomó la decisión definitiva de entregar su vida a Dios y seguir el camino del sacerdocio, respondiendo a aquella invitación que había comenzado muchos años antes, cuando un niño monaguillo leía una sencilla frase en la parroquia de su barrio:

"Ven y sígueme."

CUANDO EL CAMINO LLEVÓ AL BORRO

Después de ordenarse sacerdote, Pablo Coimbra tenía muy claro cuál era su deseo: quería estar en un barrio, cerca de la gente, en un lugar donde pudiera comprometerse con una realidad concreta. Pero, como tantas veces sucede en la vida, los caminos que uno imagina no son necesariamente los caminos que finalmente se recorren. Su primera misión estuvo vinculada a una tarea que, de alguna manera, también tenía que ver con su vida anterior. Su formación como contador fue puesta al servicio de la Iglesia. El entonces arzobispo de Montevideo, monseñor **Nicolás Cotugno**, le pidió que realizara una auditoría en Radio Oriental, que atravesaba una situación económica compleja. Pablo trabajó durante cuatro meses. Analizó la situación, estudió las dificultades y presentó una serie de propuestas para sacar adelante a la radio.

La respuesta del obispo fue tan sencilla como inesperada:

—Bueno, entonces Pablo, hazlo tú.

Y así terminó siendo administrador de Radio Oriental. Durante un año vivió en la Catedral y se dedicó intensamente a aquella tarea. Con trabajo y esfuerzo, la radio logró salir de la crisis financiera. Después llegó la parroquia San Pedro Apóstol, en el Buceo. Allí fue párroco durante tres años. Hasta que apareció nuevamente otro giro en su camino.

OCHO AÑOS JUNTO AL CARDENAL

Cuando Daniel Sturla fue nombrado arzobispo de Montevideo, Pablo recibió un llamado mientras estaba de vacaciones en Salto, en la casa de sus padres. El nuevo arzobispo quería reunirse con él. La propuesta fue integrarlo a su equipo más cercano. Pablo pasó a desempeñarse como ecónomo de la Arquidiócesis y durante ocho años desarrolló distintas responsabilidades: trabajó en el área económica, dirigió el Departamento de Comunicación Social, fue párroco en Melilla y participó en numerosos proyectos de renovación de la Iglesia de Montevideo. Fueron años de mucho trabajo. Se renovó el área de comunicación, se creó **ICMTV**, se fortaleció la oficina de prensa, se revitalizaron espacios culturales y se trabajó en distintas áreas de la vida de la Iglesia. Pero, en medio de toda aquella actividad, apareció un dato que terminó provocando una profunda reflexión pastoral. Una encuesta reveló que el 38% de los montevideanos se declaraba católico. Pero la distribución geográfica de ese porcentaje llamó especialmente la atención. En los barrios de la costa, el porcentaje era muy superior. En cambio, en las zonas periféricas y más pobres de Montevideo, apenas llegaba al 20%.

Aquello encendió una alarma.

La Iglesia estaba presente. Había obras sociales, asistencia, alimentos, ropa, ayuda y distintas formas de acompañamiento. Pero algo estaba faltando. Pablo lo expresa con una frase que resume aquella reflexión: quizá se estaba atendiendo la necesidad material, pero se había dejado un poco de lado la necesidad espiritual. Porque para él las dos dimensiones no pueden separarse. El Jesús que dice “tuve hambre y me diste de comer” es el mismo que habla del pan vivo bajado del cielo. Había que volver a unir ambas cosas.



ESTAR, ENTRAR, EVANGELIZAR

A partir de aquella realidad, nueve parroquias de los barrios más complejos de Montevideo fueron consideradas de prioridad pastoral. Pablo hizo una propuesta al cardenal: convocar a sacerdotes que estuvieran dispuestos a ir a esos lugares. Pero detrás de aquella propuesta había también una decisión personal. Él quería ir. Primero pasó un año y medio en la Aguada. Y después llegó finalmente a la parroquia de Guadalupe, en el Borro, formando parte de un equipo sacerdotal junto al padre **Luis Ferrés**.

Allí comenzaron a poner en práctica una idea que Pablo resume en tres palabras:

Estar. Entrar. Evangelizar.

Primero, estar. Estar en el barrio, caminarlo, conocerlo, dejarse ver, compartir con la gente. Después, entrar. Y entrar no significa simplemente cruzar una puerta. Significa comprometerse con la vida del otro, con sus problemas, con sus dolores, con sus esperanzas. Cargar, de alguna manera, parte de su cruz. Y finalmente, evangelizar. Ese era el camino que Pablo quería recorrer.

LLEGAR A UN BARRIO CASI DESIERTO

Cuando llegó al Borro, el contexto tampoco era sencillo. Era prácticamente la época del COVID. La parroquia estaba golpeada y la vida comunitaria había quedado reducida a su mínima expresión. A las misas diarias prácticamente no concurría nadie. Los domingos llegaban unas doce personas, de las cuales cinco eran las Hermanas de la Madre Teresa de Calcuta. Había que empezar casi desde cero. Y Pablo decidió hacerlo caminando. Recorrer el barrio. Visitar a la gente. Hacerse visible. Acercarse. Escuchar. No llegó con grandes discursos ni con soluciones mágicas. Llegó preguntando. Y una de las primeras zonas que recorrió fue la Unidad Casavalle, donde se encontró con un espacio conocido como la Cancha del Rosario. En realidad, era un potrero. Pastizales, caballos, chanchos, perros, motos y barro. Allí se encontró casualmente con un grupo de vecinos que, en plena pandemia, sostenían una olla popular. Pablo se acercó y comenzó a conversar con ellos. No les preguntó solamente qué necesitaban. También quiso saber cuáles eran sus sueños. Y entonces apareció una respuesta que terminaría cambiando aquel lugar.

UN SALÓN PARA LOS NIÑOS

Los vecinos soñaban con tener un salón multiuso. La olla se hacía a la intemperie,

muchas veces a leña, en medio de enormes dificultades. Pero había otra preocupación que aparecía con todavía más fuerza: los niños y los adolescentes. El ocio los estaba consumiendo. Pablo se fue de aquel encuentro llevando esa preocupación en el corazón. Y comenzó a mover contactos,



instituciones, fundaciones y personas que pudieran colaborar. Su pasado como contador y los años de trabajo dentro de la estructura económica de la Iglesia le habían permitido conocer organizaciones y personas dispuestas a ayudar, aunque muchas veces no supieran cómo canalizar esa ayuda. Ahora esos contactos tenían un destino concreto.

El barrio. Primero se construyó un salón de aproximadamente 90 metros cuadrados, con dos baños. Hoy allí funciona todos los días un merendero y comedor. Después vino la cancha. El antiguo potrero se transformó. Se colocaron rejas metálicas y seis torres de iluminación. Y donde antes había barro, animales y abandono, comenzaron a jugar los niños. Hoy funciona allí una escuelita de fútbol y de voleibol. Los niños tienen un espacio para hacer deporte y también un lugar donde recibir merienda y cena. Porque Pablo descubrió otra realidad: al mediodía muchos de esos niños tienen solucionada su

LAS MUJERES ...

Ellas sostienen cuando falta todo: sostienen la casa, los hijos, la olla y muchas veces también la esperanza.



alimentación a través de las escuelas y otras instituciones. Pero la noche podía convertirse nuevamente en un problema. Por eso el comedor no es solamente un lugar donde se entrega comida. Es también un espacio de encuentro.

CUANDO EL BARRIO SE PONE DE PIE

En ese proceso apareció algo que para Pablo resultó fundamental: los líderes naturales del barrio. Personas que

quieren que su barrio salga adelante. Vecinos que, aun teniendo dificultades, no se resignan. Y allí se produce una de las claves de toda esta historia: la Iglesia puede acompañar, conseguir recursos, abrir puertas y generar posibilidades, pero necesita encontrar personas del propio barrio dispuestas a llevar adelante los proyectos. Sin esos vecinos comprometidos, nada de aquello hubiera sido posible. Y en esa tarea, Pablo reconoce especialmente el papel de las mujeres. Las mujeres son, dice, las más estables. Las que tienen una capacidad de sostener los procesos a largo plazo. Y vuelve, una vez más, al Evangelio. Cuando llega la cruz, recuerda, aparecen las mujeres. Los hombres huyen. Ellas permanecen. Tal vez porque hay una fuerza silenciosa que muchas veces no hace ruido, pero sostiene.



LA PROVIDENCIA Y LAS MANOS QUE AYUDAN

Cuando uno mira desde afuera un salón construido, una cancha iluminada o una vivienda recuperada, puede ver solamente el resultado. Pero detrás de cada obra hay horas de trabajo, gestiones, llamados, reuniones, donaciones y personas que decidieron confiar. Pablo habla de todo eso con una palabra que repite varias veces: providencia. Para él, cuando una persona se dispone genuinamente a servir, sin intereses personales que interfieran, las puertas comienzan a aparecer “Dios no se deja ganar en generosidad”, es, en definitiva, la convicción que atraviesa su experiencia. Y esa generosidad comenzó a multiplicarse en la parroquia.

UNA PARROQUIA QUE NO SOLO DA MISA

Hoy Guadalupe tiene una pastoral social que sorprende por su dimensión. Desde la parroquia se entregan alrededor de 100 surtidos mensuales a familias del barrio. A eso se suma el merendero y comedor nocturno, la entrega de ropa, medicamentos y otras formas de asistencia. Pero Pablo entendió que ayudar no podía limitarse a resolver la urgencia de hoy. Había que apostar también al futuro. Y ahí apareció la educación. Hay niños becados en el colegio de la parroquia y otros que concurren al **Santa Bernardita** gracias al sistema de padrinazgo. También hay jóvenes que concurren al Liceo Jubilar de la parroquia y muchachos que estudian en los talleres de Don Bosco, incluso como pupilos, realizando carreras de bachillerato tecnológico. Porque quizás una de las formas más profundas de cambiar la historia de un barrio sea darle a un niño la posibilidad de imaginar un futuro diferente.

CUANDO LA DIGNIDAD EMPIEZA POR UNA CASA

Pero había otra realidad que no podía esperar. La vivienda. Y allí la parroquia comenzó a desarrollar un proyecto que hoy comprende más de **cien intervenciones**.

Son tres programas.

El primero se llama **Viviendas Mejores**.

No se trata necesariamente de construir una casa nueva, sino de mejorar la que ya existe. Cambiar un techo. Construir un baño. Hacer un piso. Mejorar una instalación eléctrica o sanitaria. Ampliar una habitación cuando una familia ha crecido y los adolescentes necesitan un espacio propio. De ese programa ya se habían realizado más de 60 intervenciones.

Después está **Viviendas Dignas**.

Ahí la situación es diferente. Hay ranchos que ya no pueden ser reparados porque las condiciones son demasiado precarias. Entonces se construye una vivienda nueva, de unos 50 metros cuadrados, con materiales tradicionales. Y aparece una pregunta que parece sencilla, pero encierra una enorme dificultad:



¿Dónde vive la familia mientras se derriba el rancho y se construye la nueva casa?

Pablo cuenta las distintas estrategias.

En algunos casos se levantan primero las paredes alrededor del rancho. Se construye el piso y, una vez que la estructura está avanzada, se

retira la vieja vivienda desde adentro. En otros, la familia permanece provisoriamente en el rancho mientras se construye la casa nueva en el terreno disponible. Y cuando eso tampoco es posible, los vecinos o familiares abren sus puertas durante el tiempo que dura la obra. Hasta ese momento, ya se habían construido unas veinte viviendas nuevas.

Completando el programa, por último, **Familias de Guadalupe**, que en concreto son dos complejos de viviendas, uno de 12 y otro de 6.

Familias de Guadalupe

En la actualidad se está construyendo un complejo de 12 Viviendas. Y se está proyectando otro de 6 viviendas. Por lo que se estima que a fines del 2026 se terminen estos 2 complejos, sumando 18 Viviendas más. Por otra parte se trabaja en conjunto con instituciones que, a instancia y con el apoyo de la parroquia Guadalupe, han intervenido en el barrio Borro:

- Cireneos (4 contenedores)
- Techos y Misioneros Azul (20 cabañas)
- Piso Digno (12 pisos)

TODO A PULMÓN

Hay algo que atraviesa toda esta experiencia y que quizás sea lo que más define la tarea de Pablo Coimbra en el Borro. No hay una estructura gigantesca detrás. No hay una solución mágica. No hay un Estado que esté financiando todo el proyecto, según lo que Pablo relata. Hay trabajo. Hay vecinos. Hay instituciones. Hay empresas que donan materiales. Hay particulares que aportan dinero. Hay empresas que venden materiales a

precio de costo o con importantes descuentos. Y hay una parroquia que intenta convertirse en puente entre quienes necesitan y quienes están dispuestos a ayudar. Tal vez por eso esta historia no comienza ni termina en una iglesia. Porque para Pablo Coimbra, ser sacerdote en el Borro no significa simplemente celebrar una misa. Significa caminar las calles. Sentarse con los vecinos. Escuchar sus problemas. Descubrir sus sueños. Y, cuando aparece una posibilidad, intentar convertir ese sueño en realidad.



Porque aquella antigua llamada que un día escuchó en medio de Montevideo —aquella pregunta inesperada de una periodista que le preguntó si sería sacerdote— terminó

llevándolo muchos años después hasta este lugar. Y quizás allí esté una de las respuestas más profundas de su historia. Aquel día, cuando respondió que sí, todavía no sabía exactamente hacia dónde lo conduciría ese “sí”. Hoy, caminando por el Borro, parece entenderlo un poco más. No se trataba solamente de convertirse en sacerdote. Se trataba de estar, entrar y evangelizar. De quedarse cuando otros se van. De mirar donde muchas veces otros prefieren no mirar. Y, sobre todo, de descubrir que detrás de cada necesidad hay una persona, detrás de cada casa hay una familia y detrás de cada barrio hay una historia que merece ser escuchada.

Porque quizá evangelizar también sea eso:

ayudar a que alguien vuelva a creer que su vida puede ser diferente.

UNA GOTA DE ESPERANZA EN MEDIO DEL BARRIO

Hay algo que quizás explique mejor que cualquier número lo que está sucediendo alrededor de la parroquia Guadalupe. Hoy se están levantando ocho viviendas. Hay un proyecto para construir cuatro más y, cuando estén terminadas, serán doce las casas que conformarán el primer complejo de **Familias de Guadalupe**. No se trata de terrenos ocupados ni de soluciones improvisadas. Son padrones comprados a particulares, escriturados y registrados a nombre de la Iglesia. Las obras se realizan con todos los requisitos correspondientes.

Pero detrás de cada casa hay mucho más que ladrillos.

Hay familias que participan en aquello que pueden: preparando el terreno, haciendo pozos, levantando muros, pintando. Hay mujeres y hombres que cuidan los materiales durante las noches. Hay profesionales que realizan las tareas técnicas y, sobre todo, hay personas que empiezan a sentir que una puerta que durante años parecía cerrada puede finalmente abrirse. Pablo no habla de esto como una conquista personal. Insiste una y otra vez en que no es “su obra”. Es la obra de la Iglesia. Es la obra de Dios. Él se considera apenas un instrumento, un puente para que muchas voluntades puedan encontrarse.

Y quizás allí esté una de las claves para entenderlo.

En cuatro años, desde aquel comedor levantado en 2022, la canchita cerrada e iluminada, la escuelita de fútbol y las distintas formas de acompañar a las familias, hasta las viviendas que hoy comienzan a cambiar historias, el barrio ha visto transformaciones concretas. Pero Pablo sabe que la pobreza no se termina con una casa. Tampoco la precariedad desaparece de un día para otro. Por eso, cuando le pregunto por el futuro, no habla de una meta alcanzada. Habla de una tarea que puede no terminar nunca.

Y entonces aparece una de las reflexiones más profundas de toda la conversación: **hay una belleza escondida en la cruz.**

No en el dolor por el dolor mismo, sino en el amor que puede existir dentro de él. La belleza de alguien que cuida a un enfermo. La belleza de una familia que permanece unida aun cuando no tiene qué poner sobre la mesa. La belleza de quienes, aun viviendo situaciones difíciles, siguen amándose. Esa belleza, dice Pablo, no es la belleza pasajera del mundo. Es otra. Una belleza más profunda, capaz de darle sentido incluso al sacrificio. Y entonces llegamos al momento que, seguramente, marcará para siempre la historia de este barrio: la llegada del Papa León XIV a Guadalupe.

Pablo lo reconoce con una sencillez que conmueve: jamás imaginó que el Santo Padre pudiera pisar aquellas calles. Pero tampoco quiere que ese acontecimiento se transforme en un homenaje a su persona. Quiere vivirlo con humildad. Despojado del ego. Mostrando las obras, las casas, las familias y la realidad del barrio, pero entendiendo que él no es el centro de esa historia.

Tal vez por eso recuerda aquella expresión del Papa Francisco que tanto lo marcó: sentirse **“un pecador perdonado”**.

Y quien se reconoce así, explica Pablo, difícilmente pueda mirar a los demás desde arriba. Porque todos somos barro. Todos tenemos fragilidades. Todos necesitamos misericordia. Por eso, cuando un vecino se acerca y agradece porque ahora tiene una vivienda, porque sus hijos pueden recibir un plato de comida o porque recuperó una esperanza que había perdido, Pablo dice algo muy significativo: eso le llena el corazón, pero no el ego.

Se alegra con la alegría del otro. Y también siente el dolor del otro. Quizás allí esté la verdadera dimensión de esta historia. Porque la tarea parece interminable. Como decía Madre Teresa de Calcuta, puede parecer apenas una gota en el océano. Pero Pablo agrega algo fundamental: para quien recibe esa gota, quizás esa gota sea todo. Una casa puede ser una gota. Un plato de comida puede ser una gota. Una palabra de aliento puede ser una gota. Que alguien vuelva a creer en sí mismo puede ser una gota. Y aunque el océano siga siendo enorme, esa vida ya no será la misma.

Pablo tampoco piensa solamente en el presente. Sabe que algún día tendrá que dejar el lugar y que la obra deberá continuar. Por eso ya camina junto a él **Rogelio Pampillón**, un diácono nacido en Artigas que se prepara para ser sacerdote y que comienza a conocer y acompañar otras realidades del barrio. Porque ninguna obra verdadera puede depender para siempre de una sola persona. Y cuando le pido a Pablo una última reflexión, no habla de sí mismo.

Habla de esperanza.

Dice que hay lugares donde parece que todo está perdido, pero que con Dios nada puede darse definitivamente por perdido. Y entonces mira el barrio de otra manera. No niega la oscuridad. Sabe que existe. Sabe que hay situaciones duras, dolor, pobreza, adicciones, abandono y tantas historias que cuesta comprender. Pero también ve otra cosa. Ve luz. Ve tesoros escondidos en medio del fango. Ve hombres y mujeres que, aun habiendo vivido situaciones terribles, siguen siendo buenas personas. Familias que luchan. Padres y madres que salen todos los días a trabajar. Ómnibus que parten repletos cada mañana. Niños que van a estudiar. Gente que, a pesar de todo, sigue apostando a la familia y al futuro.

Y eso también es el Borro.

No solamente la imagen que muchas veces aparece en las noticias. Hay otra realidad que merece ser contada. Una realidad de esfuerzo, de dignidad, de fe y de esperanza. Quizás por eso, al terminar esta conversación, me quedo pensando que la historia de Pablo Coimbra no es solamente la historia de un sacerdote que llegó a un barrio y comenzó a construir viviendas. Es la historia de alguien que decidió quedarse. De alguien que entendió que evangelizar también podía significar acompañar, escuchar, construir, abrir una puerta, tender una mano y devolverle dignidad a quien durante demasiado tiempo había sentido que nadie lo veía.

Y tal vez la frase que mejor resume todo sea la que Pablo repite casi al final:

“Todo es gracia.”

No se atribuye las casas. No se atribuye los cambios. No se atribuye las historias que comienzan a transformarse. Se considera un instrumento. Y mientras el barrio sigue esperando nuevas respuestas, nuevas casas y nuevas oportunidades, allí está Pablo, caminando entre sus calles, junto a su gente. Porque quizás la esperanza no siempre llegue como una gran revolución. A veces llega despacio. Una casa por vez. Una familia por vez. Una vida por vez. Una gota por vez. Y quizás, como decía aquella enseñanza de Madre Teresa, sin esa pequeña gota el océano tampoco sería el mismo.

Por eso, cuando el Papa León XIV llegue a Guadalupe y mire este barrio, quizás no esté viendo solamente paredes, calles o viviendas. Estará viendo historias. Estará viendo rostros. Estará viendo a personas que durante mucho tiempo esperaron que alguien creyera nuevamente en ellas. Y allí, en medio de esa realidad, habrá un sacerdote que seguramente intentará correrse del centro para señalar hacia otro lado. Hacia Dios. Hacia la Iglesia. Hacia la gente.

Hacia todos aquellos que, silenciosamente, hicieron posible que muchas gotas comenzaran a juntarse. Porque cuando se trabaja desde el amor, hasta la más pequeña de las gotas puede comenzar a cambiar el paisaje.

CUANDO EL BARRIO TAMBIÉN TE CAMBIA

Pablo Coimbra llegó al Borro para acompañar. Con el tiempo descubrió que también él estaba aprendiendo de quienes sufrían.

Hay historias que no se olvidan.

Pablo Coimbra recuerda una de ellas desde sus primeros tiempos en el Borro. Una familia que vivía cerca de la capilla en Unidad Casavalle, casi frente al arroyo Miguelete. Una casa humilde. Afuera, en una especie de cama o camilla, permanecía una criatura que no podía valerse por sí misma. Los médicos habían dicho que viviría apenas unos días.

Pasaron veinte años.

Y aquellos padres seguían allí.

Habían dejado muchas cosas de lado para cuidar a su hijo. Se turnaban para dormir. Habían renunciado al descanso, a proyectos personales, a una vida propia. Todo parecía reducido a una sola tarea: cuidar, sostener, amar. Y había algo más. Aquella familia estaba enojada con Dios. Pablo entró con prudencia. No fue a predicar. No llevó respuestas. No intentó explicar el sufrimiento.

Simplemente los escuchó.

Y terminó descubriendo algo que lo golpeó profundamente: justamente allí donde parecía que no había fe, había Evangelio.

“Ahí encontré a Cristo”, recuerda. No en un discurso. No en una iglesia llena. No en una respuesta teológica. Lo encontró en unos padres que, con las heridas abiertas, seguían cuidando a su hijo después de veinte años. Pablo solamente pudo decirles que los admiraba. Quizás porque hay formas de amor que no necesitan ser explicadas. Formas de amor que se sostienen durante años, cuando ya no queda comodidad, cuando el cansancio se vuelve parte de la vida y cuando nadie sabe cuánto falta para que termine la prueba. Desde entonces comenzó a mirar de otra manera. Entró en ranchos con piso de barro. Conoció familias sin baño, personas haciendo sus necesidades en un tarro y arrojándolas luego hacia las cañadas que desembocaban en el Miguelete. Se encontró con una pobreza que, según sus propias palabras, puede llegar a deshumanizar. Pero también descubrió algo que desde afuera es difícil comprender. La miseria paraliza. Y desde lejos es muy fácil juzgar.

“Son vagos. No quieren trabajar. Se gastan la plata en un celular. ¿Por qué no guardan para mañana?”

Pablo también pensaba así.

Hasta que comenzó a entender.

¿Cómo se proyecta hacia el futuro una persona que nunca tuvo futuro?

¿Cómo se guarda dinero para fin de mes cuando ni siquiera se sabe qué habrá para comer mañana?

¿Cómo se construye un proyecto de vida cuando el presente ya pesa demasiado?

Entonces apareció en él una idea que llama **“la pastoral del instante”**.

Vivir el hoy.

No abandonar los proyectos, sino entender que la vida ocurre mientras uno proyecta. Que puede aparecer una persona que necesita una bendición. Alguien que necesita ser escuchado. Una familia que necesita una mano. Un niño que necesita que alguien le diga, simplemente, que importa.

Y allí está Dios, dice Pablo. En el instante. En el presente. En lo que está ocurriendo delante de uno.

También los niños del barrio le enseñaron.

Descubrió que antes que cualquier cosa necesitan sentirse seguros. Necesitan saber que hay alguien detrás cuando se animan a dar sus primeros pasos. Y cuando un niño vive sin esa seguridad, algo se rompe. Pablo cuenta que vio niños que no podían hablar correctamente, que tenían dificultades para comunicarse. Y que, cuando comenzaron a sentirse queridos, sostenidos, acompañados, algo empezó a cambiar. Cambió el rostro. Cambió la manera de relacionarse. Cambió la vida. Y descubrió en esos niños una fe que lo sigue sorprendiendo. Niños que van a misa. Niños para quienes la fe no es una actividad más entre tantas otras. Es parte del centro de sus vidas.

Pablo habla de ellos con admiración.

Porque también se pregunta qué habría sido de él si hubiese tenido que vivir las mismas carencias, el mismo despojo, la falta de protección, la falta de recursos, la falta de oportunidades. No tiene una respuesta.

Pero sí tiene una certeza:

hay niños, adolescentes y jóvenes que, aun naciendo en esas circunstancias, quieren salir adelante. Solo necesitan una oportunidad. Y el barrio también le enseñó otra cosa.

La autenticidad.

Allí donde la alegría puede ser ruidosa y el dolor también, hay menos espacio para la apariencia. Para esconder lo que duele. Para fingir que todo está bien. Pablo reconoce que eso también lo cambió. Lo hizo menos preocupado por el qué dirán. Más dispuesto a mostrar sus sentimientos. Más capaz de reconocer sus propias fragilidades. Porque en el Borro aprendió que, cuando todos conocen la vulnerabilidad, hay menos lugar para juzgar. Y cuando se rompe ese caparazón que muchas personas construyen para defenderse, aparece otra persona.

Una persona sensible. Fiel. Agradecida. Capaz de entregarse. Capaz de estar.

Pero acompañar todo eso también tiene un costo.

La parroquia permanece abierta a lo que ocurra. No hay una frontera clara entre el sacerdote y el vecino. Las personas llegan con sus problemas, con sus necesidades, con aquello que no pueden resolver. Y muchas veces Pablo tampoco puede resolverlo. Ahí aparece una de las partes más duras de su tarea: escuchar el dolor de alguien y saber que no siempre existe una solución. Entonces hay que quedarse. Escuchar. Consolar. Salir al encuentro. Porque para Pablo la parroquia no puede encerrarse entre cuatro paredes. La fe tiene que salir. Ir hacia el dolor. Hacia la casa. Hacia la calle. Hacia quien necesita. Pero llega un momento en que todo eso pesa.

Agota.

Y también duele.

Pablo lo dice sin esconderse: alguna vez lloró.

Y quizá sea una de las confesiones más humanas de toda esta historia. Llorar porque se involucra. Porque hace carne el dolor del otro. Porque un sacerdote también es un hombre y no puede escuchar durante años las miserias, las pérdidas, las injusticias y las angustias de otros sin que algo de todo eso le quede adentro. Pero no habla de un llanto de derrota. Habla de otro llanto. El de quien se indigna frente al mal. El de quien sufre con quien sufre. El de quien abrió el corazón.

Y entonces aparece aquella frase de las Bienaventuranzas: *felices los que lloran, porque serán consolados*. Tal vez ahí esté la imagen que mejor resume este encuentro con Pablo Coimbra. Un sacerdote caminando por un barrio donde muchas veces no hay respuestas. Un hombre que escucha historias que duelen. Un hombre que intenta ayudar aun sabiendo que no siempre podrá hacerlo. Un hombre que llegó creyendo que venía a acompañar a otros y que terminó descubriendo que también él necesitaba aprender. Porque el Borro no solamente le mostró la pobreza. Le mostró la dignidad. No solamente le mostró heridas. Le mostró amor. No solamente le mostró carencias. Le mostró fe. Y no solamente le mostró personas que necesitaban una mano. Le mostró cuánto puede cambiar un ser humano cuando alguien decide no pasar de largo. Quizás por eso, después de tantos años, Pablo pueda decir algo que va mucho más allá de su tarea como sacerdote:

el barrio también lo cambió a él.

Y tal vez esa sea la verdadera huella de un encuentro. Que uno llega pensando que va a dejar algo de sí en el otro y, sin darse cuenta, termina llevándose para siempre un poco de su historia.